

» llegado el día en que va á manifestar su fuerza y su importancia » (38).

Condensando su juicio con motivo de esta conversación, dice el viajero observador : « Sería temerario asegurar que » las declaraciones del general patriota fuesen sinceras, y » bien que nada pueda hacerme dudar de su lealtad, es » difícil pronunciarse sobre la prudencia de sus combinaciones, aun sustrayéndose á la influencia de lo que sucedió » más tarde. Muchos las encontraban muy juiciosas, porque » habían sido coronadas por el éxito. En cuanto á mí, debo » confesar con sinceridad, que las medidas que tomó en las » circunstancias de que fuí testigo, me parecieron indicar » mucha habilidad, circunspección y previsión. En aquel » día estaba vestido con un largo levitón y una gorra de pieles. Á primera vista, no presentaba ningún rasgo notable » que llamase la atención, pero cuando se ponía de pie y » tomaba la palabra, reconocíase al hombre superior. Con » mucha simplicidad en sus maneras, eran las de un hombre bien educado. Jamás noté en él la menor afectación : » lleno siempre del sentimiento de lo actual : todo indicaba » un carácter agradable, y debo decir, que no he conocido » ninguno cuyo acceso fuera más cautivador. En la conversación, iba derecho á los puntos principales del asunto, » prescindiendo de los menos interesantes. Escuchaba con » atención y contestaba de una manera lúcida, en términos » escogidos. En la controversia, desplegaba admirables recursos y una prodigiosa fecundidad de vistas, y sabía » demostrar á sus oyentes que se había poseído de su pensa-

(38) Basil-Hall : « Extract from á Journal written on the coast of Chili, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822 ». — Edinburgh, 1826. — Hall era oficial de la marina inglesa, de reputación universal, que al mando del navío *conway* desempeñaba una misión científica por orden de su gobierno.

» miento. No había nada de brillante ni de rebuscado en sus » palabras : hablaba con calma y gravedad, dominando la » materia. Alguna vez le sucedía animarse insensiblemente : » entonces sus ojos brillaban ; sus expresiones eran vivas y » enérgicas ; llamaba la atención y convencía con sus argumentos ; esta metamorfosis se producía, sobre todo, tratándose de política ; y si hablaba con sangre fría, no era » menos admirable que cuando se expresaba con fuego. » Sabía ser igualmente chistoso y familiar, según lo exigían » las circunstancias. En definitiva, cualquiera que sea la » influencia que haya podido tener sobre él la posesión de » una gran autoridad política, estoy convencido que las » cualidades de su alma eran blandas y benévolas, y » lo considero como un hombre de un temple poco » común » (39).

Es curioso observar que en su larga carrera, nunca le faltó á San Martín un inglés observador por testigo, para comprobar el dicho, que allí donde sucede algo notable en el mundo, allí está presente un inglés : en España lord Madduffi ; en San Lorenzo el viajero Robertson ; en Mendoza Santiago y Maipu, Haigh, portador accidental del parte ensangrentado de la batalla ; en Lima, el famoso marino Basil-Hall, que ha dejado este precioso medallón que lo representa bajo nuevo aspecto en un momento histórico, y Stevenson, secretario de Cochrane, que á la par de éste lo ha difamado.

## XI

Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral á bordo de la fragata *Cleopatra*,

(39) B. Hall : « Extracts from Journal » etc. cit., cap. XIV y XV.

surta en el Callao. Á la sombra de la bandera blanca del armisticio los beligerantes se preparaban á resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martín estaba decidido por la guerra. « Los enemigos, decía, como base preliminar, debían » entregarme el castillo Real Felipe con las demás fortifica- » ciones adyacentes; la fuerza marítima que viniese de la » península, debía regresar á España al mes de su llegada á » estas costas; toda la parte del norte desde Chancay (in- » clusa la península de Maynas), quedaba en mi poder. Para » la independencia de América era ventajoso este partido, » pues de mí no se exigía más que un armisticio por diez » y seis meses, y que se enviasen diputados para tratar con » el gobierno español la independencia del Perú, de Chile y » Buenos Aires. Yo no ignoro que con el Callao y la opinión » del país, en diez y seis meses el Perú era libre; que con » los recursos del territorio que me quedaban, podía man- » tener con economía el ejército. Pero ¿ y la escuadra? » ¿ Cómo se la remito á Chile cuando sé que no tiene un peso » con qué pagarla? Yo no podía sostenerla en este intervalo, » y de consiguiente su disolución era positiva, perdiendo » Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la América la » respetabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval. En » este caso, me he decidido por la continuación de la guerra » más feroz y destructora que han conocido los vivientes, » no por las balas ni trabajos, sino por la insalubridad de » estas infames costas, especialmente desde que llegó el » ejército, pues no hay memoria de tantas enfermedades » como en esta época. — Á más, me he decidido por la » guerra por la situación del enemigo. Él tiene igual ó mayor » número de enfermos que nuestro ejército, y aunque mejor » medicados, peor alimentados; la opinión, no sólo de » la América, sino de la mayor parte de los europeos sensa- » tos, está por nosotros; su ejército minado en favor de nues-

» tra causa, pasándose á nuestras banderas; el hambre los » acosa, y no les queda otro recurso que retirarse al Cuzco » para prolongar la guerra, como tengo noticia de que se » proponen. Estas consideraciones me han hecho resolver á » prolongar por un poco de tiempo más los males, para que » luego gocen más tranquilamente los bienes » (40). Ahora es el general y no el político el que habla; con un propó- » sito deliberado, con su claridad de vistas y su perfecto cono- » cimiento de los planes del enemigo, que pesa tranquilamente el pro y el contra con su juicio propio en el estilo conciso y » preciso que le es peculiar; es el libertador del sud llenando sus deberes militares para con la América; empero no pre- » veyese todas las contingencias, y de aquí que favoreciera en cierto modo los planes del enemigo.

En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio: su idea era trasladar el teatro de la guerra al interior del país. La llegada del comisionado regio Abréu, y las negociaciones que fueron su consecuencia, retardaron esta operación. Sin comunicaciones marítimas con la metrópoli, bloqueado en Lima por las armas y por el hambre, en disidencia el virrey y el ejército con el Cabildo y con el pueblo, invadida la sierra, amagados los puertos intermedios, obstruídos los caminos de las provincias del interior, del sud y del este; en impotencia para tomar la ofensiva, la evacuación de Lima se imponía como una necesidad. « El estado de la capital del Perú, dice un historiador » español que habla como testigo, había llegado á tal extre- » mo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conser- » var por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy » pronto todo el país » (41). Era la resolución salvadora.

(40) Carta de San Martín á O'Higgins de 26 de junio de 1821, apud. Vicuña Mackenna « El Gral. San Martín », pág. 34-36.

(41) Camba: « Memorias » etc., t. I, pág. 398.

Los españoles abandonaban á los independientes el territorio mal sano de la costa del norte, dejando á éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; se trasladaban al clima salubre de la sierra, donde sus enfermos se repondrían; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú y dominaban las costas del sud. De este modo ú obligaban á los independientes á ir á buscarlos en sus posiciones, ó se ponían en aptitud de abrir hostilidades sobre la costa cuando les conviniere. Esta resolución, que hace alto honor á la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín, que no le dió por entonces la trascendencia que tenía, y pensó erradamente que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo.

En prevención de la próxima evacuación de Lima, el virrey dispuso que Canterac á la cabeza de la mayor y más saneada parte de su ejército (25 de junio) se dirigiese á Huancavelica por el camino de Lanahuaná, ascendiendo la cordillera por el valle de Cañete (42). De este modo preparaba lo operación meditada garantido por el armisticio, y al enprender al pare-

(42) Arenales en su « Mem. Hist. », pág. 88 dice, que el 9 de julio llegó á Jauja la noticia de haber salido Canterac de Lima con 4,000 hombres, y Paz Soldán « Hist. del P. I. » lo repite asertivamente. — Camba, « Memorias », t. I, pág. 398, indica simplemente « una división », sin designar número; pero por lo que dice más adelante en la pág. 400 y sig., vese que Canterac se movía con el grueso del ejército de Lima. — Torrente: « His. de la R. H. A. » t. III, pág. 165, dice que Canterac « salió con los soldados que se hallaban en mejor estado ». — El virrey La Serna en su proclama de evacuación de Lima (4 de julio) denomina la división de Canterac « cuerpo de tropas. » — La fuerza efectiva del ejército realista constaba á la sazón como de ocho á nueve mil hombres, pero descontando enfermos y la guarnición del Callao, sólo tenía poco

cer un movimiento de retroceso, detenía la internación de Arenales, á la vez que ocupaba posiciones más ventajosas para el tiempo en que se reabriesen las hostilidades. San Martín, había hecho otro tanto replegándose de Ancón á Huacho en ese intervalo. De manera que, el virrey, al quedarse en Lima con la menor parte de sus fuerzas, contaba con el tiempo y la distancia, y reposaba en la seguridad de que San Martín, debilitado también por la ausencia de sus mejores tropas en la sierra, no podía atacarlo, aun en el peor caso, con un ejército no mucho mayor, compuesto como el suyo de enfermos y convalecientes. Además, tenía por punto de apoyo inmediato, las fortificaciones inexpugnables del Callao con su fuerte guarnición.

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció públicamente por medio de una proclama (4 de julio), la resolución de abandonar á Lima. « Me veo precisado, decía, á usar de medios extraordinarios y de planes más vastos que los que permite la mera defensa de una ciudad situada de un modo muy contrario á las operaciones militares... quedándome yo mismo sepultado entre sus ruinas y cadáveres ». Delegó el mando político y militar en el marqués de Montemira, anciano pacífico de la ciudad, con el encargo de conservar el orden y entregar la plaza á discreción del enemigo. Ofició al general San Martín, « implorando su filantropía (5 de julio) en favor de más de 1,000 enfermos que dejaba en

más de cinco á seis mil hombres disponibles, que el virrey organizó en dos divisiones de evacuación. Suponiendo que estas divisiones fueran de igual fuerza, resultarían de 2,500 á 3,000 para cada una; pero como la de Canterac era la mayor, lo menos que pueden asignársele son 3,000 á 3,500 hombres, y esto parece lo cierto. En cuanto á la fha. de la salida de Canterac de Lima, Torrente da la del 27 de junio, pero García Camba, testigo presencial y que escribió con mejores documentos, da la fha. del 25 de junio en sus « Apuntes para la hist. de la Rev. del Perú », pág. 18.

» los hospitales », á la vez que le aseguraba que « esto en » nada podía influir para que la negociación pendiente no » tuviese la feliz terminación que positivamente deseaba » (43). Dejó 2,000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba á 2,000 hombres, se puso en retirada el 6 á las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían á encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario amedrentado, temía que la población fuese saqueada ó por los invasores ó por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró á tranquilizar á todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y á la municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles, que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que al garantizar el orden público, estaba dispuesto á correr un velo sobre el pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

## XII

Fiel á la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró á posesionarse de Lima. Quería que la ciu-

(43) El virrey en su oficio sólo dice « unos cuantos enfermos »; pero Torrente: « Hist. de la Revol. H. A. » declara positivamente: « 1,000 soldados enfermos, que quedaban en los hospitales »; y Camba, « Memorias », página 398, lo repite textualmente.

dad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil-Hall, que continuaba observándolo, cuenta, que habiendo reiterado su visita á bordo de la goleta *Motexuma*, curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir: — « He combatido durante diez años contra los españoles, y más bien » dicho, contra los enemigos de la causa de la emancipación » americana. Mi único deseo es que este país se gobierne » por sus propias leyes. En cuanto al sistema político que » adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer » el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión, y me retiraré » (44). Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron á pensar que era una burla del vencedor, que se disponía á entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia, el gobernador ordenó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que campaba á dos kilómetros de la ciudad, que se situase en un punto más lejano. La orden fué obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera (45). Esto bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación

(44) Basil-Hall; « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.

(45) Basil-Hall, « Extracts from a journal », cit., cap. XVI.